Tomada Razón

# EL OFICIO DIVINO

—POR EL ILMO. Y RMO. SEÑOR—

## D. JOSÉ MARÍA DE JESÚS PORTUGAL,

—OBISPO DE SINALOA.—

CULIACAN.

Tip. de José María Salmón.—Calle del Comercio, Oriente Núm. 12.

1894.

SIENDO el Oficio Divino uno de los principales medios que tiene el sacerdote para su santificación, nos ha parecido conveniente tratar en el presente opúsculo, de la excelencia de tan santa oración, de los obstáculos que pueden impedirnos el hacerla como conviene y de los principales medios que podemos emplear para que se rece digna, atenta y devotamente.

## I.

El Oficio Divino merece de toda justicia el nombre que lleva en el cual se nos descubre una de sus mayores excelencias. Es divino por componerse en su mayor parte de los Salmos inspirados por Dios al Real Profeta, por las lecciones de los Libros Santos que se rezan en Maitines, y aun si

se quiere, por los himnos compuestos por la Iglesia, y que están llenos de elevados pensamientos, de santos afectos, y palpitando, por decirlo así, con las dulces inspiraciones del Espíritu de Dios.

Merece, en verdad, el nombre de divino el oficio de que hablamos, porque todo en él es santo y nos eleva á Dios; porque no lo rezamos sino para adorar al Ser de los seres, y bendecirle y darle gracias por sus beneficios, para implorar sus divinas misericordias sobre nosotros, y en fin, para obtener el perdón de nuestras culpas. Todo esto nos revela otra de sus excelencias. Con él confesamos la infinita grandeza del Señor y le rendimos la más humilde adoración; pagamos una deuda de altísima justicia, desahogamos la gratitud de nuestro corazón, y por último, atendemos á nuestros verdaderos intereses.

El Oficio Divino es el más sublime cántico de amor con que expresamos todo nuestro afecto á nuestro Dios querido. En esto aun hay más todavía: ese cántico no es solamente el acento de ternura de cada uno de los sacerdotes en particular, es el cántico sagrado, es el acento sublime que revela á Dios todo el amor y la indecible y profunda ternura de su santa Iglesia. Somos nosotros ministros de esta Iglesia y en su nombre pagamos al Señor el tributo de adoración y de alabanza que le es debido, y esa Iglesia anima con todo su aliento



y embalsama con su amor sagrado nuestras oraciones. Ahora bien, el amor de la Iglesia á su divino Esposo Nuestro Señor Jesucristo, es muy grande, purísimo y sublime, lleno de fortaleza y humildad, constante y sufrido, noble y generoso, llena, en fin, toda su existencia. Por esto al tratar de revelarlo á su divino Esposo, sus revelaciones no pueden dejar de ser dignísimas y de una excelencia admirable.

No hablamos en nuestro propio nombre en el Oficio divino, sino en nombre de la Iglesia tan amada de Dios, y que llena está de méritos; y por esto nuestra oración, digna en verdad y excelente, subirá delante del Señor como el humo del más suave y delicado aroma, muy agradable á Nuestro buen Dios y Señor, el que no por nosotros mismos, sino á causa de su gran bondad y del amor que tiene á su Iglesia, oirá nuestros ruegos favorablemente.

El Oficio divino corresponde perfectamente á los más nobles sentimientos del corazón del sacerdote, y atiende á todas sus necesidades. ¿Estará contento de sí mismo el sacerdote que reflexionando en la infinita grandeza del Señor no le ofrece la más profunda y humilde adoración? Que piense un instante en los grandes y singulares beneficios de que le ha colmado el cielo y vea si puede detener su corazón para no derramarlo en afectos de la más tierna y santa gratitud; ¿quedarán

sus labios sin decir una palabra de amor, de gloria y de alabanza á su Dios que tanto le ama, y que así le ha enriquecido con los tesoros de su gracia? Además, contemple el sacerdote sus faltas y las necesidades que le rodean por todas partes, y piense luego en la bondad de Dios para con él y diga si no trataría de pedir el perdón, si dejaría de buscar el remedio en la misericordia del Señor. Pues bien, para todo esto tenemos el Oficio divino.

El es un canto de amor dulcísimo y sagrado. Al rezarlo, nuestro corazón se enardece en las llamas de la santa caridad; nos dice del Señor tantas grandezas, nos habla con tanta dulzura de la bondad divina, y despierta y excita á cada instante con admirable tino los más santos afectos de nuestra alma y nos conmueve tan profundamente, que bien podemos decir que nuestra conversación está en los cielos, y que el amor de Dios reina en nuestras almas.

Es el Oficio divino un tributo de amor y bendición con que pagamos al Señor sus beneficios. ¡Qué consuelo y qué desahogo tan santo y agradable es el que gozamos al cambiar nuestras humildes alabanzas por aquellos beneficios. *Date et dabitur vobis.* Glorificamos al Señor y recibimos de su Majestad, divinas gracias; y es tanta la bondad de nuestro Dios que la oración con que pagamos sus favores nos alcanza otros nuevos.



Es el Oficio divino el gemido de la penitencia, el gran clamor que saliendo del fondo de nuestras miserias se eleva al cielo en busca de remedio. Dios Nuestro Señor se nos presenta tan lleno de bondad y de clemencia, y sus misericordias nos hablan entonces con tanta dulzura, que á cada instante nos sentimos movidos al arrepentimiento y animados con una gran confianza que nunca queda confundida, á pedirle el remedio de todos nuestros males.

Es por lo mismo, inefable la grandeza del Oficio divino y muy grandes las riquezas que hay en él atesoradas para nuestro bien.

## II.

La incomparable excelencia del Oficio divino de que acabamos de hablar en el párrafo anterior, manifiesta cuánto debe ser nuestro empeño y cuidado á fin de rezarlo digna, atenta y devotamente. ¿Qué haremos para lograrlo? Esto es en lo que vamos á ocuparnos desde luego.

Obstáculos hay que impiden rezar dignamente el Oficio divino, y estos deben removerse; y medios

tenemos que poner en práctica para conseguir el objeto que deseamos. Entre los principales obstáculos á que nos referimos pueden contarse los siguientes:

1º La ignorancia de las excelencias del Oficio divino. Si no sabemos que esa oración es excelentísima y de suma importancia para la santificación de nuestras almas, no la estimaremos como es debido, resultando de aquí el que no nos llame la atención el rezarlo de una manera inconveniente. Lo veremos como una obligación, como una carga que por tener que llevarse todos los días, pronto nos habrá de fastidiar, y que quisieramos tirar lo más pronto que nos sea posible; y al llevarla de esta suerte no tendremos quien nos ayude con su peso, ni sentiremos el menor consuelo en nuestras almas, porque sólo hemos visto en el Oficio una carga y nada más. Nacen de aquí las distracciones, la precipitación y el disgusto. Semejante oración ¿será para nosotros de algún mérito, ó por el contrario, no temeremos que se nos digan con sobrada justicia estas palabras: "*Oratio ejus fiat in peccatum?* Ocurriremos á todos estos males reflexionando en la excelencia del Oficio divino y en la abundancia de las luces celestiales que atraemos sobre nosotros cuando lo rezamos santamente, así como también en los gravísimos daños que nos causa el no rezarlo de esta suerte. ¿De cuántos bie-



nes no nos privarán en esta parte, la negligencia y el descuido? Pasarán por nuestra alma casi sin advertirlo nosotros, las inspiraciones del Señor, no atenderemos su voz y quedará nuestro corazón frío y endurecido á pesar de haber dicho: *Ignítum eloquium tuum vehementer*, porque no nos correspondía lo que David agregaba: *Et servus tuus dilexit illud.* Si en verdad amásemos el Oficio divino, el rezarlo sería para nosotros una verdadera dicha, suspiraríamos por ver llegar el tiempo en que tendríamos que pagar tan santa deuda, y todo él sería para nosotros un tiempo lleno de delicias y consuelos; ¡cuánta sería la paz de nuestras almas, y con qué dulzura y suavidad pronunciaríamos entre otras aquellas palabras: *Quam dulcia faucibus meis eloquia tua, super mel ori meo!* y entonces podríamos preguntar: ¿dónde están la precipitación, las distracciones y el disgusto?

2º Otro obstáculo que nos impide la digna recitación del Oficio divino, es el no rezarlo en el tiempo debido. Algunas veces ó bien por negligencia ó por ocupaciones que no nos justifican, dejamos el cumplimiento de esta obligación, para la noche, estando ya cansados con los quehaceres del día, teniendo nuestro espíritu abrumado con los negocios que se nos han ofrecido y fatigados tal vez por el sueño. Tales circunstancias no son las más á propósito para rezar dignamente, pagando á

Dios Nuestro Señor como es debido una deuda tan sagrada; por lo mismo el sacerdote que desea verdaderamente santificarse mediante la recitación del Oficio divino, debe pagarlo á su debido tiempo, tomando las más oportunas medidas á fin de que ninguna otra ocupación se lo llegue á impedir.

3º Si rezamos en un lugar inconveniente, en medio del ruido y del bullicio, pondremos un obstáculo á la debida recitación del Oficio, pues fácilmente nos distraeremos; y no hay que olvidar que: *Non in commotione Dominus*, y también, que el Señor habla al corazón en la soledad. Debemos, por lo mismo, escoger un sitio retirado y silencioso donde nada pueda impedir la atención y el recogimiento de nuestra alma.

4º Otro obstáculo, por cierto muy funesto para la debida recitación del Oficio divino, es el hablar precipitadamente. Faltamos desde luego al respeto y humildad con que debemos tratar con el Señor; y esa precipitación no nos dejará penetrar en los grandes pensamientos y las altísimas verdades de que abunda el Oficio divino; ni llegaremos á gustar la santa dulzura de los afectos de amor, de humildad y de todas las virtudes en que rebosa, y que sin duda gustaríamos si le rezásemos con la gravedad y la pausa convenientes. Ni sus consuelos serán para nosotros porque la precipitación ni pide ni espera al-



gún consuelo; inquieta y agitada sólo piensa en correr y deshacerse de aquella carga que lleva sobre su hombros; y si algún consuelo espera es el de sentirse sin un peso que tanto le molesta.

Pondremos, asimismo, nuevo obstáculo á la santa recitación del Oficio, si lo empezamos sin ninguna preparación. *Ante orationem præpara animam tuam et noli esse quasi homo qui tentat Deum.* ¿Deberemos esperar que Dios nos auxilie con la abundancia de su gracia para rezar dignamente, si somos como el hombre que tienta á Dios?

## III.

Hablemos ya de los medios de que podremos valernos para pagar dignamente una deuda tan santa.

1º ¿Con quién vamos á hablar? Esta pregunta servirá maravillosamente para recoger nuestro corazón y elevarlo hasta el Señor; por lo mismo jamás la omitamos al principio del Oficio.

¿Con quién vamos á hablar en el Oficio divino? responda nuestra fe: Con el Dios de infinita y adorable majestad en cuya presencia tiemblan de

respeto los ángeles del cielo; Dios cuya mirada penetra hasta el fondo de nuestro corazón y á quien no podrá escaparse ni el más oculto de nuestros pensamientos. Dios, nuestro Creador soberano, nuestro dulcísimo Padre, todo nuestro bien, que al admitirnos á su divina presencia nos da una prueba del indecible amor que nos tiene. Quiere, y así nos lo manda, que bendigamos y glorifiquemos su santo nombre, que derramemos todo nuestro corazón delante de El, revelándole el amor y la ternura de nuestra alma. Se nos descubre entonces, de una manera singular, muy inclinado á favorecernos colmándonos de todas sus misericordias. ¡Con cuánto respeto debemos mantenernos en su divina presencia! ¡Qué sentimientos de amor y de ternura, de humildad y de confianza no deberán entonces llenar nuestro corazón! Para todo esto nos es indispensable avivar más y más nuestra fe en Dios, en cuya divina presencia estamos rezando. El nos ve, El nos escucha y contempla todos los movimientos de nuestro corazón. El nos ha de juzgar, estemos, por lo mismo, penetrados de un santo temor que se conserve con el recogimiento del corazón y con la respetuosa compostura de nuestro cuerpo.

Este sentimiento no impedirá los de amor y confianza, ni nos privará de las dulzuras y delicias de la bondad de Dios. El es nuestro Padre, y en el



Oficio divino se nos descubre lleno de misericordia y de clemencia. ¡Ah, con cuánta confianza podemos arrojarnos á sus pies divinos para regarlos con llanto de amor, descubrirle todas nuestras penas y miserias, y las amarguras de nuestra alma! y allí hallaremos para todas el remedio y el consuelo, porque es Dios nuestro Padre y ninguno que ha acudido á ese Padre con humilde confianza, ha quedado confundido.

Todo lo que hemos dicho hasta aquí nos manifiesta que debemos procurar en cuanto está de nuestra parte, conservar la atención en el Oficio divino. Sobre esto nos dice Santo Tomás: "Si uno se distrae de propósito mentalmente en la oración, peca é impide el fruto de la oración; y por esto dice San Agustín: Cuando oráis á Dios por salmos é himnos, meditad en vuestro corazón lo que la boca pronuncia" (1). Esta atención puede ser de tres modos según la enseñanza del mismo Doctor Angélico, á las palabras para no equivocarse en ellas; al sentido de estas, y finalmente á Dios y al objeto porque se ora (2). Aunque el primer modo sea bastante para cumplir con la obligación del Oficio divino, sin embargo es más excelente atender al sentido de los salmos y á Dios nuestro Señor. Grandes son las ventajas que podemos sacar

(1) 2. 2. q. 83 A. 13. ad tertium.
(2) Ubi sup. in corp.

atendiendo á la significación de las palabras del Oficio, ellas excitarán nuestra devoción inspirándonos los más dulces afectos de todas las virtudes, ya de humildad, ó de amor de Dios, ó de arrepentimiento de nuestros pecados, ó de confianza en la bondad divina, etc., porque todos ellos se encuentran profusamente derramados en el Oficio divino. Esta atención al sentido de las palabras ó á Dios Nuestro Señor, no dará lugar á las distracciones, y traerá consigo otra ventaja: esas palabras servirán entre día para elevar á Dios el corazón (1).

Para mantener y avivar la devoción durante el Oficio divino, podemos recordar en él los misterios de la pasión de Nuestro Señor Jesucristo, repartiéndolos en las horas canónicas, para lo cual podrán servir los versos siguientes:

Matutina ligat Christum qui víncula solvit.
Prima replet sputis. Causam dat tertiam mortis,
Sexta crux innectit. Latus ejus nona vipertit.
Véspera deponit. Túmulo Completa reponit.

¡Cuánta suavidad y dulzura gustarían nuestras almas en los santos misterios de la Pasión, si pensásemos diariamente en ellos durante el Oficio divino!

Mas si esto nos cuesta alguna dificultad fijémonos en el sentido de las palabras que vamos pro-

(1) El Sacerdote santificado, núm. 34.



nunciando, del que podremos sacar ricos y abundantes bienes para nuestras almas. He aquí una sencilla explicación de este sentido, según se refiere á los sentimientos de devoción y piedad en que podemos ejercitarnos cuando rezamos. Inútil sería y aun molesto explicar todos los salmos del Oficio pues por lo que digamos de algunos de ellos, conoceremos cuáles son los afectos en que nuestro corazón se puede ejercitar en los demás que no se expliquen.

Escojemos el Oficio de Común de Confesores para esta explicación, por ser uno de los que con más frecuencia se rezan.

**Maitines.**—Después de invocar el auxilio de Dios Nuestro Señor, rezamos el hermosísimo salmo, *Venite exultemus Domino.* Todo él es una expresión vivísima y ardiente, un grito sublime del más tierno y abrasado amor al Dios Altísimo cuya infinita grandeza, cuya santa y adorable majestad admira, arrebata, anonada la pequeñez de la criatura. En ese salmo está la gratitud que se desborda, que rompe todo dique y que al salir por nuestros labios canta con sublime acento las misericordias del Señor, y llama á las criaturas, y con todas ellas se postra en la presencia del Altísimo, y le adora con la humildad más profunda. Tales son los sentimientos que nos inspira este salmo. Al fin de él y de todos los demás, decimos

Gloria Patri etc. Dios mio bendecíos á Vos mismo, porque sólo Vos llenáis vuestra alabanza; que todas las criaturas os alaben y yo entre todas os bendigo, os alabo y glorifico con todas mis fuerzas, con todos mis afectos, con todo mi cariño.

**Iste confessor.**—En seguida se reza el himno que acabamos de indicar. En él alabamos la virtud de los santos, nos animamos con su ejemplo y pedimos su auxilio (1).

**Beatus vir.**—Este salmo nos hace suspirar por la dicha de los justos. Dichoso el hombre que tiene su voluntad en la ley del Señor y en esta medita día y noche. Oh Señor mio, que yo no busque mi felicidad en las criaturas sino en cumplir vuestra santa voluntad.

Por otro extremo la desgracia de los impíos que son arrojados como el polvo que arrebata el viento de la superficie de la tierra, nos viene á confirmar más y más en la voluntad que tenemos de caminar todos los días de nuestra vida por las sendas del Señor.

**Quare fremuerunt gentes.**—La bondad de Dios Nuestro Señor y el amor infinito que nos ha manifestado en darnos á su Santísimo Hijo han sido despreciados. El mundo se conjuró contra el Se-

(1) No nos ocuparemos en explicar los demás himnos, oraciones, responsorios, antífonas, etc. del Oficio porque marcan con mucha claridad el espíritu con que deben rezarse.



ñor, dió muerte á su Cristo. Nuestro corazón debe llenarse de una santa tristeza y rebozar en amargura pensando en las ofensas del Señor. El es una bondad infinita, nuestro bienhechor y toda nuestra dicha; y es ofendido y despreciado..... el corazón del sacerdote debe partirse de dolor. Después de un instante contemplamos la infinita gloria del Hijo de Dios. Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado; y entonces sentimos un gozo muy grande, y le bendecimos, y le adoramos, y ponemos en El nuestra confianza. Son dichosos los que en El confían.

**Domine quid multiplicati sunt qui tribulant me.**—Si somos de Jesús, así como á El no perdonaron sus enemigos, tampoco á nosotros nos han de perdonar. Mil veces dichosa la participación que en el cáliz de sus penas se digne concedernos el Señor; pero somos frágiles y necesitamos del auxilio de la gracia y este es el que pedimos en las siguientes palabras: *Voce mea ad Dominum clamavi.* Después de esto con gran confianza descansamos, dormimos en sus brazos porque el Señor es la salud y El derramará su bendición sobre nosotros.

**Cum invocarem.**—Afectos de reconocimiento y de profunda gratitud nos inspira este salmo, porque el Señor nos ha oído y se ha dignado consolarnos en nuestras tribulaciones. Humillémonos interiormente al recordar que hemos amado la vani-

dad y buscado la mentira. Ofrezcámosle al Señor el sacrificio de justicia y después de esto descansemos dulcemente en su amoroso seno.

**Verba mea auribus pércipe Domine.**—Pensemos un instante en nuestras propias miserias y llenos de confianza roguemos al Señor que las remedie. El Señor no quiere la iniquidad; no mora junto á El el maligno, ni los injustos permanecerán delante de sus ojos. Aborrece á todos los que obran la iniquidad. Todo esto hemos sido delante de su Majestad, por lo cual es indispensable humillarnos una y otra vez en su presencia y no fundar nuestros ruegos sino en la muchedumbre de sus misericordias; y el Señor hará que le adoremos penetrados de un santo temor y nos coronará con su santa voluntad como con un escudo. Llenos de humilde confianza y con mucha gratitud digamos estas palabras del salmo: Oh Señor. Vos me habéis coronado con vuestra voluntad y me habéis defendido de todos los peligros.

**Domine Dominus noster.**—Al pensar en la gloria del nombre de Dios y en la magnificencia de sus obras dejamos que la admiración nos arrebate, que nos trasporte el amor y sean las divinas alabanzas la ocupación de nuestras almas. Tales son los sentimientos con que debemos rezar este salmo. ¡Con cuánto consuelo debemos pronunciar estas palabras: *Ex ore infantium et lactentium perfecisti laudem propter inimicos tuos*, viendo la gloria que dan á Dios los niños, los humildes de corazón! Y al pronunciar estas otras: *quoniam videbo coelos tuos opera digitorum tuorum*; oigamos llenos de alborozo la armonía de las esferas celestiales, los dulces cantares de los ángeles con que sin cesar bendicen al Señor: Santo, Santo, Santo, es el Señor Dios de los ejércitos. Los cielos y la tierra están llenos de la majestad de su gloria.



**Domine quis habitabit in tabernáculo tuo.**—No digamos este precioso salmo sin estar penetrados de un religioso temor. ¿Estamos sin mancha, obramos la justicia, hablamos la verdad? No nos queda otro recurso sino acudir á la gran misericordia del Señor implorando el perdón de nuestras faltas.

**Domine in virtute tua lætabitur rex.**—Pensemos en las gracias que se ha dignado dispensarnos el Señor, cómo ha escuchado nuestras peticiones y nos ha librado de nuestros enemigos; démosle gracias por esto, y considerando que somos incapaces de bendecirle dignamente, concluyamos diciéndole que El mismo se ensalce con su infinito poder mientras nosotros celebramos las maravillas de su gracia con dulces himnos y cánticos de amor.

**Domini est terra et plenitudo ejus.**—Rebose nuestro corazón en santo júbilo al recitar este salmo porque del Señor es la tierra y todos sus ha-

bitantes. Mas en seguida renovemos los sentimientos de temor al preguntar: *Quis ascendet in montem Domini?* y olvidándonos de nosotros mismos pongamos los ojos en nuestro amado Jesús de quien dice un profeta: El vencedor me conducirá á las alturas cantando himnos en su alabanza. *Attollite portas principes vestras.* Sí, que las puertas del cielo se abran para recibir al Rey de la gloria, al Fuerte y Poderoso, al Señor de las virtudes. Sigámosle en espíritu en su marcha triunfal y cantemos llenos de entusiasmo y con un amor profundo sus divinas alabanzas.

**Lecciones del primer nocturno.**—Oigamos en ellas la voz del Señor no sólo con atención, sino con docilidad y rendimiento, con espíritu de obediencia. Aprendamos lo que se nos enseña y pongamos por obra lo que se nos mande. Este es el espíritu con que debemos leer las lecciones del primer nocturno. Respecto de las del segundo debemos bendecir en ellas á Dios Nuestro Señor que es admirable en sus santos; debemos humillarnos y confundirnos pensando cuán lejos estamos de imitar la vida de los santos; y por último implorar su patrocinio y animarnos con el ejemplo de sus virtudes.

Las lecciones del tercer nocturno deben leerse también como las del primero, oyendo con humildad la enseñanza de los Santos Padres; y en cuanto al Evangelio oigámosle como una carta que nos manda del cielo el dulcísimo Padre que tanto nos ha amado. Estamos lejos de El, *peregrinamur á Domino.* Consolémonos con sus amorosas expresiones. El no nos olvida, mandémosle nosotros un suspiro de amor.



**Tedéum.**—No hay para qué decir una palabra sobre un himno tan hermoso, que no es sino una expresión de dulcísima ternura, un arranque de amor. Al comenzarlo á rezar ponemos nuestros ojos en el Santo de los Santos, Santo por su misma esencia, bondad infinita, amable y perfecto sobre toda expresión. Criador, Señor soberano y Padre dulcísimo de nuestras almas; y el corazón se lanza hacia El para decirle con todo su cariño, con la más profunda emoción de su ternura: *Te Deum laudamus.* Le vemos venerado en toda la tierra y bendecido por los ángeles, las potestades, los querubines, los serafines, los apóstoles, profetas y mártires, y en fin, por toda la Iglesia; y recogemos esas bendiciones y alabanzas como fragantes y lozanas rosas del jardín de Dios y las ofrecemos al Señor. Esas bendiciones son también como granos de escogido incienso que ponemos en nuestro corazón cual en rico y precioso incensario que empieza á exhalar en ese instante, el olor de suavísimos perfumes. Volvemos nuestros ojos al buen Jesús, recordamos su grandeza infinita y to-

do lo que ha hecho por nosotros, le pedimos los bienes celestiales y ponemos en El nuestra confianza. Estos sentimientos y otros más elevados nos inspira el *Tedéum.*

## LAUDES.

**Dominus regnavit.**—Podemos meditar en este salmo la grandeza del reino de nuestro amado Jesús y su imperio en el mundo; y esto llenará sin duda nuestro corazón de un gozo muy grande. El Señor reinó, revistióse de gloria, se armó de fortaleza y con ella se ciñó..... Tú eres, oh Señor, desde la eternidad. El amor que debemos á Jesús, el celo de su santa gloria no dejará que pronunciemos palabras tan hermosas, sin un entusiasmo sagrado, sin bendecirle con todo nuestro afecto. Alzaron los rios, oh Señor, levantaron los rios su voz; alzaron el sonido de sus olas con el estruendo de las muchas aguas. Todos los pueblos cristianos levantan al Señor la voz de sus cantares y llenos de fe le bendicen, le aman y le adoran. El gozo no debe caber en nuestras almas. ¿Qué mayor contento para un sacerdote que el ver que la gloria del Señor brilla en todo el mundo y que en todas partes su santo nombre es glorificado por todos los cristianos?



**Jubilate Deo omnis terra.**—La inefable grandeza del Señor, el esplendor de su hermosura que han llevado en pos de sí nuestros afectos, harán que volviéndonos á las criaturas las exhortemos á glorificar al Soberano y Altísimo Dios, al Criador de todas. ¡Con qué júbilo, y con cuánta gratitud tenemos que pronunciar estas palabras: *Dominus ipse est Deus: ipse fecit nos et non ipsi nos.... Suavis est Dominus, in æternum misericordia ejus!* El nos crió y nos conserva con amorosa y dulce providencia, somos enteramente suyos. En El está nuestra dicha y toda nuestra gloria, y fuera de El no hemos de hallar sino miseria y triste confusión.

La dulzura de la misericordia del Señor y su inefable suavidad será lo que en el alma gustemos al rezar el salmo: *Deus, Deus meus ad te de luce vígilo.* Arrojemos hacia Dios un suspiro ternísimo de amor. De ti, oh Dios mio, está sedienta el alma, ¡qué palabras! llenas de un espiritu que nos eleva hasta el cielo, son ardiente y viva llama que nos abrasa el corazón. Sentimos un profundo hastío, una tristeza muy grande al hallarnos muy lejos del Señor: *In terra deserta et invia et inaquosa*; mas esta tristeza no impide que nos ocupemos en contemplar su poder y su gloria mientras el mundo le olvida.

La misericordia del Señor se nos presenta más